

La exposición presentada en Corinto a Mr. Hoover por los autonomistas

Managua, 23 de Noviembre de 1928.

Honorable Señor Herbert Hoover,
Presidente Electo de los Estados Unidos de Norte América.

S. M.
Honorable señor:

Una de las causas por las cuales los hombres colocados en una posición muy elevada, no pueden penetrarse de la exactitud de ciertas situaciones, como la de la opinión pública de Nicaragua actualmente, por ejemplo, es que solo se ponen en contacto con los elementos puramente oficiales que informan, en lo general, de conformidad con miras más o menos interesadas, políticas o personales. La convicción pues, de que no llegará hasta Ud. por los medios comunes, la expresión sincera del sentir del pueblo nicaragiense, nos ha movido a presentarle en nombre de la opinión independiente de Nicaragua, este memorial que estamos seguros, puede servirle como base para un estudio más concienzudo del caso de Nicaragua.

No pretendemos que Ud. nos crea bajo nuestra palabra; que si nosotros acusamos de interesadas en un sentido las afirmaciones de otros, bien pueden éstos acusar del mismo modo las nuestras. Lo que queremos es que se investigue; lo que pedimos, con perfecto derecho, es justicia; pues sostenemos que hasta hoy es de esa virtud principal, que ha carecido la intervención de vuestro país en la pequeña nacionalidad nuestra.

Sin duda sabe Ud. que acaban de verificarse elecciones de Autoridades Supremas en Nicaragua, bajo la supervigilancia y control militar de los Estados Unidos, y conoce de seguro el resultado aparente de esas elecciones. Pero lo que no puede Ud. conocer porque los informantes no se han preocupado de otra cosa que de proceder conforme a su criterio, que en asuntos nicaragienses no está lo suficientemente ilustrado, son las genuinas aspiraciones del pueblo de este país, las cuales parecen fáciles de sofocar cuando para ello se cuenta, de un lado con una poderosa fuerza militar de ocupación, y del otro con un gobierno desprovisto de todo mandato, y con políticos que se someten, sin discutir, a cuanto les proponen los interventores, porque creen asegurar con sus complacencias las simpatías y el apoyo de quienes aparecen ante ellos como todopoderosos.

Por eso no se dan cuenta muchos de que existe una inmensa mayoría en el país, que aspira a vivir la vida de la justicia, del derecho y de la libertad.

Esa mayoría, gran parte de la cual tiene que afiliarse, obligada, a uno de los dos bandos políticos que la intervención reconoce como únicos con privilegios de partido, no solo no rechaza la cooperación poderosa y justiciera de la nación Norte Americana, sino que está lista a corresponder a ella con la suya, sincera y leal, pronta a traducirse en hechos prácticos, mediante el reconocimiento de su

parte de los reclamos del pueblo nicaragiense contra la intromisión injustificable de un poder extraño, en las más sagradas e inalienables prerrogativas de su régimen puramente interno.

Después de las elecciones que acaban de pasar, y estando para cambiar completamente el gobierno del país, éste siente profundas aprehensiones por su próximo futuro, que parece que va a desarrollarse con una mayor pérdida de nuestra soberanía y con más dolorosas e intolerables tutorías de elementos extraños, en todos los departamentos de la Administración Pública nacional.

Trataremos de expresar, en el menor número de palabras posible, la situación de Nicaragua con respecto a sus asuntos interiores, y también en cuanto a sus relaciones con el Gobierno de Washington.

Después de la guerra civil que nadie ignora que fue promovida en gran parte por la diplomacia de los Estados Unidos y mantenida por esta misma nación, por que de allí salieron armas para ambos contendientes, los partidos cuando ya habían desvastado y ensangrentado el país, depositaron las armas ante la tardía y quizá inoportuna intervención armada del Gobierno de Washington.

Es la creencia arraigada en la opinión de los nicaragienses, que si la intervención hubiera deseado poner fin a las estériles luchas de los bandos rivales, ella habría tratado de armonizarlos y de convencerlos de que debían entrar en un acuerdo para la organización de un Gobierno que, salido del consentimiento unánime de los diferentes grupos que forman la opinión general, contará con el apoyo y la simpatía de la nación entera, y se sintiera respaldado con el reconocimiento efectivo y la ayuda moral del Gobierno de los Estados Unidos y de los demás países hermanos de este Continente. Para obtener este resultado feliz, habrían bastado la buena voluntad y la firmeza bien dirigida de la diplomacia de la Casa Blanca. Pero, al contrario de eso, el Departamento de Estado prefirió enviar sus flotas y desembarcar ejércitos en una inútil demostración de fuerza, que ha herido en lo más delicado el sentimiento nacional, que ha despertado hondos celos y justificadas desconfianzas en la América Latina, y que ha desatado sobre el Gobierno Norte Americano una tempestad de severas críticas y de durísimas censuras, en todas partes del mundo.

Pero el error ya está cometido, y ahora solo falta salvar a Nicaragua de mayores males y a los Estados Unidos de las consecuencias que puede acarrearle su hasta hoy desacertada y funesta política.

No es en un corto memorial en donde pueden compendiarse para ser expuestos debidamente, los problemas que la intervención ha creado en Nicaragua; pero haremos lo posible por explicarnos.

En lo político, las elecciones no han resuelto nada más que el cambio de un partido por otro en el poder; pero el partido caído, en el fondo, no se conforma con su derrota, y es muy fácil que esa inconformidad se convierta en descontento, y el descontento en disturbios. El General Sandino no depone las armas mientras fuerzas extranjeras permanezcan en el territorio patrio. En el engranaje

de nuestra administración, se ha querido injertar un elemento exótico, que lo único que está haciendo con su desconocimiento completo de nuestras leyes, de nuestras tradiciones y de las características nacionales, es fomentar en el pueblo un odio sordo y reconcentrado, pero formidable, profundo, que se va extendiendo con la emigración cada día mayor de nuestros conciudadanos, a todos los países hermanos a donde llegan las noticias de los procedimientos y crueldades injustificables de los oficiales y funcionarios norte-americanos.

En lo económico, aparte del enorme capital que de nuestro empobrecido país consumen los parásitos extranjeros, lo cual es irritante y lo considera el pueblo como un saqueo de conquistadores que hubieran entrado a nuestro país a sangre y fuego, se sabe aquí que quieren imponerle al nuevo Gobierno, contratos de empréstitos de los más onerosos, y exigirle concesiones leoninas que, no es necesario decirlo, si bien perjudican en sumo grado a Nicaragua, desprestigian y deshonoran ante el concierto de las naciones, al Gobierno que se prevale de su inmenso poder y de su imponderable grandeza, para esclavizar y explotar despiadadamente a un pueblo pobre, débil e indefenso.

Bien comprendemos el valor de la posición geográfica de Nicaragua, desde el punto de vista de la estrategia militar, política y económica, y comprendemos perfectamente el explicable deseo de los Estados Unidos de alejar, por todos los medios, todo peligro de que esa posición caiga bajo la influencia de intereses que, en lo futuro, puedan ser antagónicos a los americanos; pero estamos también convencidos de que nuestros intereses, en línea general, no son opuestos a los de Norte América, sino que más bien son afines, de tal manera que no solo no nos oponemos a satisfacer los justificados anhelos de los Estados Unidos sino que estamos dispuestos a cooperar con ellos en la defensa común de nuestros países.

Pero desde luego que en las relaciones de los pueblos los beneficios son y deben ser recíprocos, la cooperación nuestra que está pronta a manifestarse en hechos prácticos, no debe ser premiada con opresión y subyugación humillantes y depresivas para el orgullo y el honor nacionales, sino que al contrario debe manifestarse en el reconocimiento real y en el efectivo respeto de nuestra irrestricta independencia política y económica, demostrado con hechos tangibles; con el retiro de las tropas americanas de ocupación y que pueda así el General Sandino no tener motivo para continuar su lucha patriótica, evitándose también un derramamiento innecesario de sangre norte-americana y nicaragiense, que resulta en este caso infeliza para las aspiraciones de libertad que proclaman los sacosores de Washington y de Lincoln; arreglo amigable, de cualesquiera dificultades provenientes de cancelaciones de contratos ilegales; y cesión, en fin, por parte de Nicaragua a los Estados Unidos, mediante adecuado y equitativo compenso, de todas las facilidades necesarias para la defensa de los aproches al Canal de Panamá y de los del futuro Canal de Nicaragua.

Como una manera fácil y honorable de arreglar una situación que tienen que deplorar todos los hombres de corazón de este Continente, nosotros sugerimos la idea de que el Honorable Senador William E. Borah, cuyas simpatías y luchas parlamentarias en favor de los derechos de estos países, son bien conocidos en la América Latina, sea invitado por Ud. Presidente Electo de los Estados Unidos, para venir a Nicaragua a estudiar su verdadera situación, y que su dictamen de ciudadano ilustrado y de talento, inspirado también en su alto espíritu de justicia y de humanidad, sirva para regular las normas del nuevo Gobierno de los Estados Unidos, llamado providencialmente a rectificar grandes errores, a reparar, en lo posible, daños incalculables, morales y materiales, que hemos recibido, y a hacer que renazcan en la América que habla español, la admiración y el afecto que le han enagajado a los Estados Unidos, en los últimos tiempos, la ambición inal dirigida y la codicia insaciable de muchos de sus nacionales.

Esperando que nuestra exposición será recibida con la misma buena voluntad, con que ha sido elevada, nos firmamos de Ud. con la más alta consideración,
Muy Attos., Ss.

Bartolomé Martínez, José Dolores Estrada, Salvador Buitrago Díaz, Adán Cárdenas, Salvador Cerda, Arcenio Cruz, J. F. Gutiérrez, Silvio Mayorga, Escolástico Lara, César Augusto Terán, J. P. Rodríguez M., Enrique Cerda, Alberto López Callejas, Alejandro Cantón, Salomón de la Selva, Ramón Romero, Ramón Molina R., Hernán Larquín, Federico J. Lacayo, Fernando Laríos, A. Rodríguez M., Eleazar Ayestas, Anibal Cruz, Adolfo Cruz, Virgilio Molina R., Adán Molina R., Santiago Molina R., Luis F. Sandoval, Alberto Santos, Guillermo Rostelut, Julián Berancourth, Ignacio Barquero, Armando Mora, Juan Marcos García, Cupertino Gutiérrez.

(Siguen más firmas).

La Misión de América

América es el Continente destinado por la Providencia y por la Naturaleza, para ensayar y realizar las Nuevas Formas de Vida que la Humanidad necesita y quiere.

Todo lo que los hombres han soñado y anhelado para establecer una Nueva Vida, puede y debe realizarse en América, y sólo en América puede realizarse.

El Reino de Dios, es decir, la Sociedad viviendo del trabajo y de la concordia; con una vida limpia en que el pan no se amase con sangre, ni prostitución, ni embriaguez, ni miseria: eso significará desde hoy América, en el pensamiento y en la voluntad de quienes sean verdaderos hombres.

América significa Mañana. Pero ya no un mañana nebuloso y fantasmagórico, abandonado al azar de los tiempos, sino un mañana concreto, preciso, que nuestra mente y nuestros brazos convertirán en Hoy.

América ya no es una expresión geográfica, sino una expresión moral. América es una Fe y un Propósito. América es el credo político, social y espiritual de los Hombres Nuevos: de los que ya no quieren asfixiarse en los pantanos de las patrias minúsculas, misérrimas, inermes, sobre las cuales todo insolente poderoso escupe y defeca, haciendo que los esclavos adoren su defecación.